

Juan Carlos Elijas

La tribu brama libre

I INVITACIÓN AL SUERO¹

¹ 1er Premio de Poesía *Crisálida* 2000 (Barcelona)

* editados por Xavier Badosa en www.badosa.com.

I

Mi corazón es gas mediterráneo,
peregrino en las sendas de los cuerpos
que conducen su rumbo al pulmón de los chopos.

Mastica un presente de incertidumbres.
Se enfila con sus latidos de ortiga
por el ojo de una vaca y su vértigo.
Existe un dolor en esa cigüeña
que ya me pertenece.
Hay un viaje, carreteras umbrías,
una lluvia imprevista contenida en las nubes
de la desolación.

Contra él arrojan los corzos del desencanto
saetas que ni puedo ver ni quiero.

II

Mi sangre son las urces,
la miel que ha de brezar mi paso.
Un manantial junto al henar del norte
niega a este tiempo presente sus brazos
de finitud.

El futuro son almas rugosas de los sapos
perdidas hacia el bosque
por un camino gris de identidades,
por los meandros del tuerto
arroyo de frialdad.

El arco iris, con su siete muertes
tras los colmillos de la luz,
expone su pentagrama policromo
y un jabalí recita herido
los cantos de la noche última
bajo el nogal amargo del estío.

III*

Mi corazón es un pantano
que sepulta con sus culebras
las ruinas de un poblado y sus leyendas.

Alguien ha reventado los candados
de este tiempo amarillo,
de esta distancia sumergida
bajo el peso de la luz.

Toda la noche del encinar en tus espaldas
con surcos arañadas impacientes
de una estancia interior entre las aguas.

Mi corazón es la compuerta
de un caudal turbio y prisionero,
un órdago ahogado entre la ilusión
y el lento discurrir de mi cerebro.

IV*

Mi corazón es el último signo
del día que se acaba.
Conjuntado de arterias y de arcillas
se pierde tras el monte
porque ya está repleto.

Ahora sí, después del lenguaje,
después de la visita
a los vírgenes páramos
de la imaginación.

Ahora un silencio en cada rincón,
en cada abeto,
en cada pizarra. Silencio
violado por un temblor
de moscas pertinaces machadianas.

Mi corazón guarda bajo sus aguas
una carretera antigua, establos
del deseo y de la melancolía,
una música de tamborilero
tañida con el pífano
que precipita su canción
hasta el barranco de la soledad.

V*

Mi corazón es una nube tóxica
bajo las húmedas cuevas del suero.

Como si no hubiera bastado
el haber sido cómplices,
río arriba mil palacios deciden
la anestesia del vientre,
el eclipse fugaz del mediodía
y su corona de muerte pequeña
en un sueño vacío, sin saber lo que ocurre.

II CAMINO DEL COLMILLO²

² 1er Premio de Poesía *Crisálida* 2000 (Barcelona)

I

El día recién agredido
deja caer su lengua de brisa fría.

Mi corazón vuelca su quilla
en las pisadas de una luna de agua.

Esos tesoros infinitos
con que tienta la vida
con que tienta el poema
muestran las fauces de un afán,
pero tanta tristeza nunca pudo soñarse.

II

Mi corazón soñado
por las mandíbulas de un otoño caprichoso
en su tránsito hacia la plenitud.

Todas las aves arden entre tanto colmillo.
Los pozos parpadean
como un ejército en su huida.
Atrás ese jolgorio
de yelmos y soldadas.

El vendaje de la fe
recurre la sentencia del deseo.

III

No era ese azul de tu copa
el que ayer añoraba lo vivido.

Ese pájaro quema en la mañana
como una blanca bestia de pureza.

Las mariposas topan
contra el muro florido
de mi cabeza. Su canción
delgada, sedienta, tardía.

IV

La fuente entona con sus dedos
el canto de cítara de los álamos.

La melodía ciñe el aire
con un tropel de sílabas esdrújulas.
En el henar de la tristeza
se escucha el mar en sus raíces.

La fuente descifra las mieles
de la única embajada del símbolo.

V

Yo tampoco he nacido.
Septiembre vendimia su río
de tinta perla en los sarmientos.

La onda sonora de la luz
arroja sus piedras redondas
contra mi corazón.

Su lengua, fría brisa,
amenaza un incendio.

VI

Una tortuga cruza el campo de batalla.

Sus ojos tristes recorren la música
de batallones y de imperios.

Y esa luz estratega,
camino del colmillo,
nutre las sílabas en sus raíces.

Escucha los lamentos
de todas las centurias prisioneras
en caparazón yerto.

III AROMAS DEL LABERINTO³

*Su adiós sería un siempre mediodía
sin la ráfaga nocturna que encadena firme.*

Favorecer su trote. Aniquilar el potro.

³ *Editados por Xavier Badosa con el título *Versos andróginos* en www.badosa.com.

DE LUNA Y PLATA*

En esta casa se moría a oscuras.

Todas las noches se escapaba un niño
por salir al mar con los pescadores.
Tres kilómetros marcaron mi infancia.

Con el sudor del riesgo en todo el cuerpo,
de vuelta abría, muy de madrugada,
la puerta entornada tras la aventura.

Respiraba hondamente si ella,
mamá, aún no había regresado.
Mi hermana dormía un frío de velas.

En esta casa murió tanta gente
mucho antes de que nosotros viviéramos.

Mamá, el hombre tardío de tu vida
se ha criado en la mar
y su olor escucha
dormir en tu frente de luna y plata.

TUS AMORES*

Hoy no puedes demostrar que me quieres
pues toda mirada es dardo directo,
bala convulsa contra quien decida
dar un paso adelante en favor mío.

Hoy, según la paliza, como siempre,
el hermano Cecilio, ya mayor,
acariciará mi rostro y mi mano
los testigos buscará del cariño.

Mañana seguirá ignorando en clase
los insultos, marica, en voz muy baja,
que bien pronunciaréis cuando yo salga
con un dolor de tiza a la pizarra.

Él me requiere en sus habitaciones
y vosotros en sórdidos retretes;
menearéis la insaciable conciencia,
vuestras manos limpiaréis en mi cara.

Hoy no puedes demostrar que me quieres,
decir no debes cuáles tus amores.

COMO PEZ CIEGO

Mi nombre está escrito en un fondo marino,
sedal mecánico para el ahogado.

Yo he sido la noche infantil del cebo
bajo nalgas, corales y neumáticos.

He cosido las redes, los defectos
y más de un alma perdida he cosido.

Mi nombre en arenas de anzuelo y brisa
que mastico a veces como pez ciego.

LA CORRUPCIÓN DE LAS PALABRAS

Ordeno cada noche las herramientas limpias
ahora que ya llevo un año en esta empresa.
Contabilizo unas seis o siete recaídas
en ese asunto tan feo del que aún se habla.

Entierro cada noche vivida entre tu océano
la soledad de ambos y el existir de todos.
Bastante color tengo cumplidos los pronósticos
con mis hijos reales de muy parco abolengo.

El uno se me escapa casi todas las noches:
sale inmenso a la mar junto a los pescadores.
La niña se me apaga en un caserón frío
donde hoy residimos sin permiso de nadie.

Ordeno, sí, herramientas, pero nunca mi vida.
Entierro los recuerdos y vivo el día a día
y el nuevo día busco con uñas, hiel y dientes;
con palabras corruptas como besos o pájaros.

La niña se me extingue como llama postrera:
con los pies hago fuerza y apelmazo la arena.

MODELO*

Social life, Iggy

Porque también fue cárcel del cuerpo cada copa,
siempre tan a deshora, siempre yendo más lejos.
Esas cosas suceden a veces en la vida
- a veces se enmascaran, a veces no hay complejos -.

El adiós fue la página primera de esta historia
de barra de bar, típica,
el índice futuro
de un tacto terso y dócil en costuras unguidas
por yemas deseadas del brote más maduro.

Pero el amor fue sólo un tercer grado,
una fase tercera del abismo.
Tener ese misterio y no tenerlo,
lograr que el tiempo nunca sea el mismo.

Cuanta dulzura ayer acumulamos
entre las cuatro paredes del ático,
es hoy mensaje en locutorio umbrío,
correo sin sello de invierno a invierno.

Siempre se nos presenta una nueva ocasión
para descubrir de lo que somos capaces.

IV LA NIÑA CHOLE⁴

⁴ Publicado en la revista *Antana. De los Poetas a la Poesía*, n°6 (San Juan de Puerto Rico).

I

¿O es que acaso no te recuerdas,
en aquella ciudad perdida
a tantas infancias de aquí
con los carrillos decorados
por una bellísima mugre?

Güero, ¿dónde vas con la chamaquita?

Y así, alzado de la ruina
por una profesión canalla,
nuestra odisea fugitiva
de bosque en bosque, de agujero.

II

Y ahora quieres interpretar
la flor del ciruelo con treinta
recién cumplidos en Madrid
- estos millones de cadáveres
cada vez, día, más lustrosos -.

Es la pureza.

Los humanos
no participan. Sí las flores
con su lenguaje repetido.

Es la pureza.

Colibrí
con miles de batientes signos
libando vital esperanza.

Es la pureza.

Blanca como
pétalo blanco y primigenio
surgido de una nieve blanca.

La pureza: esa inconsciencia,
melancolía alucinada.

III

¿Qué cantaremos que no sepa
descifrar el quetzal que puso
precio a nuestras francas cabezas?
¿Qué cantaremos?

Es invierno y febrero.
Escuchas el ritmo altivo
del Popocatepetl
como canción de cuna,
como cráter y madre
de impetuosa ubre.

IV

Pero ya no estás bajo su dominio.
Esa niña aún tose su lactancia de lava
en un país de selvas y desiertos,
en un páramo en llamas
donde sus muertos la convocan
a una danza de atávico peyote.

V

¿Qué cantaremos aquí, hoy, invierno,
en este Madrid de cadáveres,
en esta secuela de ser viviente?
¿Qué cantaremos si el penacho
que de rodillas adorabas
es ahora báculo de museos,
estandarte para esos turistas
y sus cámaras fotográficas?
¿Qué cantaremos
si todos los poros de las piedras
expulsan idéntica melodía,
si quien da la vida a los hombres
respira a un ritmo vegetal
en hospital carísimo de Londres?

VI

¿Cuándo moriré?

Increpa un cobarde.

Se sentó a la puerta de la ciudad.

Rodeó las rodillas con los brazos

y dejó caer el peso de aquella cabeza

hasta inmolarse a la tristeza.

¿Cuándo moriré?

No importa

dicen las llanuras que riega el Popocatepetl

con su voz de fósil remota

con voz de anillo de obsidiana

con voz de las antorchas que guiaron

los pasos de nuestros abuelos.

¿Cuándo moriré?

VII

Cuando la flor de las enredaderas
abraze un zorzal prisionero.

Cuando las mariposas degusten el rocío
letal de musgos y luceros.

Cuando una boca roja de rojos labios, roja
mirada y cadera roja devore
mi corazón y en el collar lo ensarte
que arrastra sigilosa por los tiempos.

Cuando empiece a florar el cardo
y una tierra de cacao y misterio
reclame este corazón de príncipe,
este llano en llamas, esta alegría
de lirio, esta última epopeya
del colibrí guerrero.

VIII

¿Por qué he de entristecer?
¿Acaso será triste el canto
de los desconocidos?

Lavapiés es una paloma.
Las flores del paraíso se venden
en la trastienda. Tu casa es dolor
de dioses por los suelos.

Lavas los platos que sirves en un mejicano
cerca del cine sonoro de la soledad.

IX

¿Por qué he de entristecer?
¿Acaso será triste el canto
de los desconocidos?

Yo te traje a esta ciudad cuando eras
una flor de algodón y mariguana.
Tu infancia son recuerdos de un atrio desolado.
Tus padres muertos. Tu pueblo arrasado
por no sé qué encubiertos asesinos a sueldo.

X

¿Por qué he de entristecer?
¿Acaso será triste el canto
de los desconocidos?

Conmigo aprendiste a tragar la flor del combate
y ahora con treinta tan recién cumplidos,
en este Madrid y sus tres amigos
del invierno, con su bambú,
con la memoria del colibrí, cuya
muerte, muy bien sabes, reside en el mar.

XI

Conmigo aprendiste a decir:
sobre la arena duermo.

Nuestra ciudad ardió en su cerro
y estos ojos escriben
tu tradición de lava.

Mientras ya se derrumba la muralla,
estos ojos que son tigres de Asia
conciben todos los cadáveres
dejados a su paso
alzados de sus tumbas,
esqueléticamente danzando
en torno al piadoso cabezal que me ampara.

XII

¿Por qué he de entristecer?
¿Acaso será triste el canto
de los desconocidos?

Sobre la arena duermo,
como un jaguar de lento movimiento.

Estos ojos, que hoy tiemblan,
vuelvan a cobrar pulso,
a templar esos cánticos
del ahorcado, la danza
de escudos de pluma de garza.

Estos labios que hoy mienten
dejen una saliva fresca
en tus labios abiertos al recuerdo,
una espesa solución a tu lengua,
los signos erectos de Dios pendiendo
del cadalso en un dogal de incesto.

XIII

Pero Frida Kahlo supuso
que el dolor no fracasa,
tan sólo se comparte.

La imaginas en estos días
de metropolitano hasta los topes,
sujetándose al fondo del vagón,
con una capucha negra, tejida
por las otras mujeres de la selva.

XIV

Frida Kahlo se apea en Fuencarral:
su anatomía de tachuelas,
su cuerpo de cierva y corsé de acero.

Sobre una piel de metal la intuición
sirve su copa de frambuesas
y cantáridas al conocimiento.

Las hijas del dolor han amputado
las patas de la mariposa.

Ella vuela su suicidio en la jaula
donde mantienen su vigor los monos
y Trotsky agoniza de un pico
en la vena dorsal.

XV

Dicen que sirvió una ajorca
para mitigar el dolor
y sus relámpagos.

Tu aldea quedó arrasada por fuerzas
dicen que paramilitares.
Nunca entendiste demasiado
de política, mas sí de familias
con un tiro de gracia.

XVI

Y sirves guacamole y nopalitos
hasta las tantas cada día.

Pero tú de niña ya habías visto
por vez primera al diablo
en los ojos de María Sabina:
*Dios me conoce porque
su sexo almacena sabor de hongo.*

XVII

Sólo nos queda comulgar
con un pan de símbolos y molinos,
con un maíz de dólares
y aquella selva alucinógena
y aquella niña que tú eras
de mofletes sucios de una bellísima mugre.

María Sabina era el jaguar
de las alas azules.

XVIII

También dejé que entraras
con tu embriagada infancia
a los rincones de mi alma
desamueblada y sin remedio.
Yo supe tu lengua oriental y maya
mientras los diablos frotaban con ansia
su pezuña contra los tálamos.

XIX

Todo cobra ahora un tono inaudito,
como si fuera una película
del astuto Arturo Ripstein
y yo fuese un antihéroe
de algún cuentecito de Enrique Serna.

Dicen que sirvió una ajorca
para mitigar el dolor
y sus relámpagos.

XX

Y tú, desde este Madrid de cráneos
afeitados, presentes que un disparo
persigue una portada matutina.

Escuchas un rumor de vuelta a casa
- *güero, ¿dónde vas con la chamaquita?*-
en el que hablan mis callados pensamientos.

Sabes que recientemente un revólver
ha vaciado su tambor lejano,
Lolita, niña chole, sobre el pecho
de aquel artífice del drama.

V EL CANTO ERRANTE DEL COLIBRÍ⁵

*en qué me convertiré
tiene para mí un calor casi infinito*
René Char

⁵ 1er Premio de Poesía *Crisálida* 2000 (Barcelona)

I

Los ojos del búho más allá ruedan
del barranco de la vida y la muerte.
Se despeñan, con sus alas de gasa,
con su visión completa de la noche.

Ojos incansablemente abiertos
de los búhos virando entre peñascos.

Tu pecho atravesado a oscuras vuela.

II

En invierno es difícil apaciguar los miedos,
la belleza es un triste mistral de certidumbre.

Con sus alas luminosas pintadas de púrpura
los estorninos se dejan caer
como aguacero de animales muertos
sobre el monte bajo, sobre el romero
y los mimbres que la niebla ha disecado
como un óleo fresco, como un frío sortilegio.

Tu idioma se extravió entre los juncos,
cuando belleza no sabía
del honesto temblor de la esperanza.

III

Puede que los mirlos no amen
la verdad de sus ínfulas
la verdad de sus picos corruptos.

Hoy me amas como un corcel extraño
y yo sólo reconozco en mi cuerpo
el crepitar de teas y jengibres,
no huellas previsibles de unas manos
que trataban mi seno sin tacto ni cariño.

IV

Me siento a consultar las flores del cerezo,
esa naturaleza de las cosas,
la amplia destrucción de lo vivido.

Subsiste un cuerpo eternamente
después de los ciclos de un tiempo esquivo.

Mientras se precipitan estas hojas
marchitadas, su esqueleto de otoño
busca planeando deseoso el suelo.

Y allí la humedad nodriza, los poros
de la amable tierra dan cuenta
de todo lo que a ella vuelve.

En mi recuerdo escucho
la nivea voz de albayalde, el silbo
congregado de la flor de un cerezo
que ayer ya fue y aún no existe.

El fruto aguarda el regreso de marzo.

V

¿Y qué de los almendros?
La espera prematura con sus yemas de cera.
¿Qué de su riesgo al lucir tempraneros
su amarga solución frente a la vida?

Así, como almendros de hosca corteza
surcada por los días, silenciada
por tramontanas de afilados dientes;

así,
así que cáscara en potencia,
planto la cara a un sol desconocido
y mis labios acumulan heridas del invierno.

Los vagos recuerdos de cigüeñas venideras
dictan sabiamente su definición de savia.

VI

El cuerpo ya no tiene apoyo,
almagrado por los golpes constantes,
estrepitosos de aquel corazón
de júbilo repleto y desbordado.

El cuerpo no ha respondido al mensaje
cifrado por espliegos y lavandas,
perseguido por un tiempo lentísimo,
la mirada vencida por los troncos
de los árboles centenarios.

Responde, cuerpo. No te rindas.
Completa este periplo en tu bohío,
al abrigo del cierzo de la edad.

Deja que ciegue el arrebol tu vista
e inhala la frescura de la higuera.

Responde, cuerpo. Acuña la cifra
incomprensible de tus párpados
hasta tastar el vigor del olivo.

VII

En cada surco habitan los cantos seminales.
Cada semilla guarda su dentadura a punto,
su mandíbula propia, su propia lengua viva.

Los azahares ya emiten su olor mineral
al ser nada más simiente enterrada.
Hay muros, alondras y manos
que al desarrollo ayudan virtuosos
de la vida. Y un gran sol que quiere ser naranjo.

Y un mar que empuja a todas sus criaturas
con su espuma tierra adentro. Hay fósiles
de amapola en las rocas donde gime el olvido.

VIII

La urraca ha bebido desde el brocal de este pozo
que calla su espesura bajo la acacia.
Una sortija muestra su luz
medida por las fuentes subterráneas.

La urraca emite un severo graznido azabache
y arriesga su vida en un vuelo sumergido
contra las mansas aguas de la lluvia agotada.

Asciende victoriosa y aterida
a mostrar su galardón a la mañana.
El eucalipto gigante de menta silvestre
la ha redimido de una gloria carroñera.

IX

Sólo el leño que arde generoso y ofrece
su entraña seca, mustia, dorada por el liquen,
es capaz de amar tanto,
capaz de ser amado.

Sólo a quien sabe alegrarse del éxito
ajeno, del triunfo - la eclosión de la Natura-
de los frutos que fueron muestra
tras un dolor de ámbar y resina,
sólo a él pertenecerá la dicha.

Sentenciadme si notáis algún día que miento.
Eran tus palabras mucho antes de partir,
de levantar tu vuelo de gaviota
en plena cárcava, en plena meseta.

Sentenciadme, pero el albatros que ser querías
había mentido ya tanto,
que no tuvo disculpa ni excusa ni vergüenza.

Sentenciadme, decías, si advertís que hoy os miento.
Gracias a ti hemos aprendido
los otros lenguajes que gasta el hombre.

Sigue observando aquel ciprés enfermo
hoy llama venturosa, verdad incontestable,
rebelde crujió, purificación
sencilla de la hipocresía.

No conocen más camino las hachas
que el del vacío a la toza y del tocón al aire.
Así vivimos, tal cual péndulos,
gobernados por tan severos brazos,
volcados a una ruta sin más escapatoria.
Pero no digáis que de abono falto
pereció el amor, enmudeció el cuerpo.

Hay golpes que retumban en llanuras y praderas
emitidos por filos contundentes
de la herramienta al tronco, del corte al mediodía.

Del mismo modo cada noche
los lobos y pastores
ávidos de bosque jadean
contra los tálamos de los helechos.

Y esa belleza salvaje y remota
convulsiona mi pensamiento,
me entrega con manos y pies aherrojados
a una noticia fluvial de ojos tupidos.

Y son los pantanos escondidos de la noche
los que marcan las pautas movedizas
de los amantes, ahogados ficticios,
sabedores de una limpia mañana,
de los cómplices, mansos, hontanares.

No conocen más camino las hachas
ni más memoria, ni más sentencias
que el paso de los días
buscando el tajo más certero,
la herida mayor, el más suave pulso.

XI

¡Y cómo los búhos el tránsito descubrieron
a la eternidad! Con sus ojos
de astro incandescente.

Han desplegado su vuelo a escondidas
de los amantes. Dejaron su nombre
en las puertas nocturnas del amor,
el beso o el disparo.

Treinta balas
perforan la mejilla y, como Pedro,
Caín pone las piedras en su sitio.

El templo en aras de los sacrificios.

Los iroqueses, dioses de bolsillo,
quienes venimos del mar
con el crimen del atavismo a cuestas,
supimos descender y remontar
los ríos, en busca de las bahías
más propicias para la eternidad.

VI RUMOR DE AGUA QUIETA⁶

lo que acaso seremos, un son de agua muerta y azul
Pere Gimferrer

⁶ 1er Premio de Poesía *Gerardo Diego* 2001 (Tomelloso)

I

La casa ya no existe, ni tan sólo sus gentes.
Abandonaron todos esta playa. Sus pechos
de sol y las profundas arenas del amor.

La casa ya no existe, ni tan sólo sus muertos.
Enterraron a todos y después se marcharon
con sus bueyes lentísimos, sus hijos, sus retratos.

La casa ya no existe: los estandartes negros,
el cántico, el anillo de la noche y su danza.
Peció todo en círculo mortal de los corales.

II

Emprendieron la marcha. Se llevaron la brisa
camino a las montañas de sus antepasados.
Pues quien nace en la mar va arrastrando sus algas
como un manto de yodo, como un beso salino.

Como un beso la brisa con su sed de gaviota
hasta la nieve azul, el lobo y su leyenda.
Las caracolas zarpan a un secreto murmullo
de polvo en el camino sin fin de la tristeza.

III

El mar se ordena esbelto, escamas y colmillos.
Sus fauces y la espuma. Caricias de las piedras
que hieren como un beso. Como una mano en ruinas.
El mar se ordena esbelto. Sus labios. Sus estelas.

Hogueras en la playa, sarcófagos del miedo
y todos sus venablos. El mar incendia sombras.
Son las sombras del ser, su lenguaje doméstico.
Los ojos de ceniza vueltos hacia la hoguera.

Arde en la alforja el mar del tiempo y sus traiciones.
La frontera amamanta a todos los mestizos.
La paz y la palabra, la piel de su riqueza.
Sus danzas preparando una errática marcha.

El mar que ayer fue verde canción y amable gesto
hoy ordena su idioma con látigos de cieno
y ha podido su furia con los dioses de guardia.
Dieron tierra a sus muertos con sonrisa benévola.

IV

Y ahora siguen las huellas dejadas por los olmos.
Su tránsito a los valles. A remontar los ríos:
el junco de su vida, el collar de guijarros,
el rechinar rabioso de un talismán de huesos.

Caminar por la noche bajo el faro del búho:
espantar a las bestias con un fuego dormido.
Seguir, su olor, el rastro de cada baya, encina,
laurel de triunfo incierto casi hasta la alborada.

Sin más agua que el sol, sorbida la esperanza,
apretando los dientes, mordiendo las raíces
que indican el norte de todos sus propósitos.
El hombre fue primero y después su paisaje.

V

No volvieron el rostro, su mirada animal.
Hablaron en voz baja hasta hallar la montaña.
Descargaron los fardos, los estandartes negros,
otro llanto distinto por volver a la patria.

Regresar al recuerdo de lo nunca vivido.
Se desnudaba al sol la hembra más anciana
buscando sus imágenes como un salvoconducto:
puertas de una ciudad cegadas y sus templos.

Entre las perversiones del acaso es posible
ocasionar un cerco, un círculo de ocasos,
masticar las raíces de la mujer de loto.
Porque ella es un lenguaje desnudo como un fuego.

Late bajo la sombra de la palabra un sueño.
Bajo el nombre del pétalo dispuesto a la caída
va la verde verdad, su cabellera vibra.
Y los pechos de sol, fuente de la memoria.

VI

La doncella mortal inscribe su tristeza
en unos huesos blancos, ceniza por venir.

Recuérdame la grulla, su canto de labranza.
Mis dedos en el muro. Mi mano azul de piedra.

Me acostumbro a la nada, sus perennes astiles.
Yo soy el pergamino que destrozará el cerco.

Yo soy, doncella, el agua detenida en murallas.
El jardín, fortaleza. El curso, una quietud.

Yo soy la cifra, el nombre de todo sacrificio.
Primero fuiste tú y después el paisaje.

VII

El hacha busca venas alrededor del cuello.
La moneda de cuero. La capucha y el rezo.

Levanta el corazón, doncella, la oración
penúltima. El ruego. Es tan pronto el amor.

Y tan largo el camino del mediodía al tajo.
A la obra de arte. Al círculo perfecto.

Parábola del filo paraliza la vida.
La cabeza ha rodado por gargantas del tiempo.

Y ahí toda tu muerte blanca de las doncellas.
Tu azucena nacida en el mar hoy es nieve.

Y esa anciana desnuda. Su canto entona un tenue
recuerdo de las algas, de tus pechos de sol.

Te invita al rezo último mientras sangra tu lengua.
La tribu te ha llorado y tú escupes un beso.

VIII

Ya todos se han marchado. La luz queda y tu cuerpo.
Los halcones avisan. Se acerca el caballero.
Levanta con su lanza tu cabeza de bronce:
promete una venganza con toda su liturgia.

Ya todos se han marchado. Su espada espanta al buitre.
Ha arrojado su escudo al fondo del barranco.
Los halcones persiguen el hierro de las horas.
La armadura, un azar de breas y ceniza.

No hay príncipes hermosos en tus pechos de sol.
Viniste de la mar dispuesta al sacrificio.
La tribu volvió en vilo a las cuevas del viento.
La voz de calaveras conforta su existencia.

Tu corazón enciende su violenta belleza.
Palpita entre los lagos el recuerdo salobre
del tiempo de la mar. La tribu brama libre
y el caballero observa. La casa ya no existe.

El rumor es azul y el agua su verdugo.

VII TRÍPTICO MISTICOIDE
DE AMADOR URBANO

i. SUBIDA DE UN ÁNGEL VERDE⁷

⁷ en *La decisión de naufragar* Cuadernos de la perra gorda 2001 Tarragona

ESCALAS DE LAS OLAS

Sólo nos sube la sangre en silencio.
Es ese mar de pecios poderosos,
esa convulsión que nos hunde lento
donde toda la nada fuese vista.

Son las olas soberanas. Suspiran
como un perro y su lengua de cansancio.
Las algas rodean con su venida
mi espada medio enterrada en la arena.

Tú eras el triste o su lápida rota.
El que un día, con los ojos del cuerpo,
masticó el asfalto y su polvo ácido.

Tú venías desde ese gran espacio
de la herida, sin cicatriz, abierta,
Héctor, esa voz que nunca ha existido.

ALAS DE PIEDRA

El carro de Aquiles contra tu rostro.
Trotó como una tormenta de truenos
desbocados, feroces e invencibles.
Detrás de las llamas aguarda un puente.

Si atravesar pretendo la cortina,
arden en sus raíces las llanuras
de la carne, sed de aniquilación.
Estoy sedado. Se abre el más allá.

Vuelo. Quemo la enfermedad del hombre.
Dios es un lacayo de los placeres.
Me abraso en alas de una fría luz.

El puente se ha derrumbado a mi paso
y no puedo volver sin ser hoguera,
cadáver arrastrado por un carro.

TODAS LAS ALMAS DE LOS ÁNGELES

Todo aquel diablo empujado al abismo
hace, cojuelo, de las suyas, mudo:
incendia las cosechas, roba niños
que merca negramente a los estériles.

Extirpa hígados, pulmones, vísceras.
Después dispara siempre a la cabeza
en el nombre de alguna religión,
negocio o cualquier otra catástrofe.

Su laberinto intenta ser un rostro,
en un calostro ser, sin haber sido.
Bautiza a los suicidas y su impulso.

Las almas, piedras blancas, solitarias,
epitafio callan para ahuyentar
las voces y escuchar un son sublime.

LAS HOJAS DE LOS ÁLAMOS

Dentro del corazón mueve la muerte
su vendaval ni siquiera vacío:
zarandea el penacho de los álamos,
su corona, pero no su firmeza.

Dentro del corazón, vivo reside
el enigma de toda cicatriz,
de todo puente y sus huecas hogueras:
buscan mi savia pero soy el bosque.

Mientras la noche, nada se consume.
Mis manos enmascaran un invierno
en las aguas de la fecundidad.

Mis dedos repletos de lilas crecen
como un aullido en la noche salvaje,
esa noche en que nada se consuma.

SALMOS POR LAS RAMAS

Ya estoy más cerca de todos los nuncas,
de todas las nadas, de todo nadie.

No he tocado jamás boca ni vida
de cuanto anunciabas con tu corola.

Tu verde verdad habita en mi vientre:
verá la vida como un veredicto.

Dentro de mí contemplo tus pupilas,
pulpa en vilo, ausente hasta el abrazo.

Mis palabras penetran como polvo
de mármol y sucumbes a mi arcilla.

Moriste en la calle, Héctor, de infarto,
después de fracasar bajo mis huestes.

Quedó un son en el silencio sólo: olas,
las almas de las alas, salmos, álamos.

ii. SU ÉTER BLANCO⁸

⁸ Publicado en la revista *Texturas*, nº12

I

Pero la realidad es viva muerte,
yo soy bajo las aguas su vasallo,
bajo el bosque y su pantano y sus ánforas:
yo soy con ojos de sal el vigía.

Vibra una víbora y mi muerte nace
para morder ángeles o demonios,
caballos disfrazados de deseo:
mi muerte muerde el brazo de mi vida.

Sin apenas cariño, el corazón
y sus puñales buscaron la espalda:
vencedor o vencido, misma ruina.

Ya soy en los demás. Es mi apetito
quien gobierna esta nave a los corales,
quien detecta el desaliento en la brisa.

II

Allá abajo la chatarra, su tiempo
y su ceniza, trenes y estaciones:
mística de taxi y comida rápida,
la paz de los gimnasios y avenidas.

El niño raptado de las chabolas
es fotocopia en las gasolineras,
en los postes, en los bancos, en cada
rincón claro donde evite su olvido.

Allá abajo, severos reglamentos
para obtener la fiel felicidad:
viva y muera como lo haría un dios.

Descuartizaron, Héctor, mi cadáver,
sacaron órganos aún calientes
y arrojaron mi cuerpo a la cuneta.

III

He sido devorado varias veces:
un festín de tuétanos y de barro
para los últimos escarabajos,
hasta encontrar la endeble calavera.

He sido devorado por los hombres,
los que jalearon los caballos
que arrastraban tu cuerpo del tobillo
hasta encontrar la sangre en tus soldados.

Ese círculo encierra mi palabra
de sílaba neblí, desde las ciegas
torres, dispuestas a la cetrería.

Mas tanta nobleza no fue posible:
una lanza en mi costado, rompiendo
mallas, yelmos, escudos y caricias.

IV

Las justas de diez horas de oficina.
El ciclo artúrico en una jornada:
Lanzarote busca siete monedas
para el café, en su isla o en su lago.

Los villanos de Camelot merlina
mezclan a la amarga reina con soda,
dan su vida de horario convenido,
de subidas al monte del camelo.

Atrapan la nostalgia por los senos,
rebuscan horas extras en la historia,
deshacen el nudo de sus corbatas

cuando regresa el señor de su guerra,
como todas las tardes de verano,
buscando los brazos de la doncella.

V

Tú serás la hija de los océanos,
Héctor, la dueña del campo y del aire.
Harto del arte, el rey Arturo torna
y bebe el maticón en su ginebra.

Valía la pena aliviar su halcón
silente y fiero bajo la armadura.
Su ocaso fue sublime, honrado y ciego:
código maduro para la muerte.

Lanza Lanzarote su lenta cita
y el rey Arturo está fuera del círculo,
de la tabla que fue su Edén redondo.

Sus caballeros arden en un signo:
taladra el horizonte la flor viva,
la llama del ocaso y la corona.

VI

Es la noche de la cesión, la ascesis
de maletín de piel hasta las tantas,
el grial santo encontrado en tu pecho,
Héctor, brazo firme, bravo y terrible.

Es la noche de copas y entrevistas,
de buscar la madrugada en alcobas
nunca imaginadas, nunca existentes:
allí cuentan las últimas leyendas.

Eres el mar envuelto en los cendales
dejados a mi marcha en un baúl
de roble, ahora ya transparencia.

Eres el bosque aparentemente
verde, como los muertos que han logrado
intuir el beso añil de lo absoluto.

iii. DESDE SU CELDA⁹
(tres con las que saques)

*No recuerdo las veces
que resbalé hasta el fondo
por el derrumbadero
de los buenos propósitos*

Jon Juaristi

⁹ 1er Premio de Poesía *J. Agustín Goytisolo* 2001 (Barcelona)

BLANCA

In memoriam

El litio interminable te ha empujado
a un aullido que acepta los abismos:
la vida bajo sábana, bajo puño cerrado.

I

No me interroga el cuello de aquel cisne
ni clavan sus sortijas las gaviotas
porque han ido enterrando los días
las esposas, Claudia, que nos separan.

No me seduce el taquín ringorrango
de aquellos idiomas de juventud
porque al cerrar los puños esta noche
la herrumbre deja su orín en mis manos.

II

Son estos los palacios del silencio,
la enfermera del alma y sus pulmones,
el patio sonoro, la soledad
de un carro fugaz y su compañía.

Pero besar es lejos o es nunca
porque es mañana el cara a cara, porque
dos veces al mes es siempre tan poco:
redención costosa, inyección a tiempo.

III

Pasean las argollas y sus focos
en busca de túneles y recuentos
entre tanta tos y tanta amenaza,
entre pieles tatuadas con tu rostro.

Tú duermes liebre o despierta duermes,
en tanto el diente de la reina roza
delicado las cimas estriadas
de tus senos, mientras yo me consumo.

IV

La rata bebe tósigo de almendra,
deja su estela de crimen en tu cuerpo,
luce su amargo triunfo de febrero
y tú callas dorada por el líquen.

Mañana serás mía y no he dormido.
Mañana será siempre y será nunca:
la conducción al fiel de una balanza
cuyos platillos aguardan de oficio.

V

No ya los oropeles ni traviesas:
los trotacalles desde esta tronera
- desde este valladar de incertidumbre-
elevan sus cantos buscando el lecho.

Los jabalíes hallan su yantar
en las noches de afiladas verrojas:
los émbolos empujan sus jinetes
hacia claros veneros movedizos.

VI

Bajo las mantas el silbo vulnera
marinas cordilleras a destajo.
Las pasiones, ácidas filigranas,
látigos derramados en las hojas.

¿Qué saben los barrotes en mis sienas
del alarido y sus amplias alcobas?
¿Qué sin el relieve de mis arterias?
¿Qué saben los halcones de mi vuelo?

VII

Escucho arder el leño lentamente,
el acónito que mortal asciende
como un incendio espino hasta mi lengua
y son carne de hierro ya mis uñas.

En los auriculares del abismo
distingo el peso, la voz del vecino
sabor de sogas suave como un suero:
golpes en las puertas de la mañana.

VIII

Llama el día con su gélida aldaba
y su pecho cubierto de atavismo.
Pronto las bandejas de la rutina
para los estómagos de la historia.

La bendición del capellán, su sable
melancólico y su piedad cruzada.
Con la fe hemos sobornado sus entrañas
y la fuga del alma es sólo un trámite.

IX

El ajenjo nocturno se evapora
como niebla o beso, azúcar o pájaro.
Los diezmados artículos despiertan
de un sueño lesionado en la conciencia.

Ese joven retrasado que vive
en las chabolas de arriba ha roto
el severo cangrejo de sus cánulas
y ahora cosen su cansada colmena.

X

Cambia el turno de la vida en mis cárceles
interiores, hacia un barranco álalo.
Mi locutorio, bálsamo sin voces,
invierno cautivado de las nieves.

Selva del día, poblado desierto
de astucias y sirenas sin canciones.
Océanos de cisnes degollados,
figuras durmiendo la eternidad.

XI

Cambio de turno en todas las garitas:
en el corredor laten los tacones,
ganzúas que interrogan como un cisne,
la medicación del miedo, el olvido.

Cambio de turno en mochos y en pasillos:
redimo como un cristo de alfileres,
como albatros de métrica del mal,
como un adiós maldito y parisino.

XII

Mi corazón, Claudia, clavel y romana.
Nos aguarda el jergón de las respuestas,
tres fugaces horas para nosotros
en un segundo grado de cariño.

Llevo cartas sin sello del invierno,
la túnica limpia de tu azucena,
fresco laurel para limpiar tu vientre
de vinos vertidos tras el cerrojo.

VIII EN TI DORMIDA¹⁰

¹⁰ 1er Premio de Poesía *Crisálida* 2000 (Barcelona)

I

Dame los primeros versos del día
con el sueño de los curiosos
y séme infiel ahora
como la esposa del deseo.

Lejanos amantes en tu febrero
simulan amables licencias poéticas.

II

¿Qué debes pensar tú, verdad,
si Baudelaire devora con su lívida boca
una danza esclavista de Dvorák
y sus versos tan siglo diecinueve
y sus clarines y sus alegretos
se extienden como una epidemia
por tu selva de lunas reservadas?

¿Qué debes pensar llegada la noche
si te adentras en esos mares íntimos,
seguros en un fondo favorable?

¿Qué versos buscas que confirmen
tu onda maldita de niña buena,
tu dedicación al opio para escandir
un perfecto endecasílabo heroico?

III

Yo ya he olvidado a todos los míos.
Mi boca es ese fuego que tú sabes,
tan fría y tan muerta para mover
la voz en ti dormida.

Guardas tu verbo detrás de los álamos,
bajo las ruinas de algún caserón
que visitas todas las tardes.
Vas a beber como una corza tímida
a aquel arroyo de aguas agostadas
con esa herida en tu costado
que habla por un tiempo de saetas.

IV

¿Qué paisajes persigues
que no sean tu cuerpo fronterizo,
los vinos escanciados en tu imaginación?

¿En qué idioma podrá ser escrito
tanto murciélago ataviado
para este festín de venado,
de animal que llegase arrastrando un olor
indestructible y fiero?

V

Pero no hay tirano bajo bandera.
Sólo sin ideas se sabe a selva.

Tu mar sigue siendo el mito y la leyenda,
una fiebre sin beso,
sin ese fuego que tú sabes:
los álamos del invierno,
las azucenas salpicadas
por esa mano limpia que encender
lámparas sabe de la infinitud.

ÍNDICE

I. INVITACIÓN AL SUERO	2
II. CAMINO DEL COLMILLO	6
III. AROMAS DEL LABERINTO	9
IV. LA NIÑA CHOLE	15
V. EL CANTO ERRANTE DEL COLIBRÍ	24
VI. RUMOR DE AGUA QUIETA	31
VII. TRÍPTICO MISTICOIDE DE AMADOR URBANO	36
i. SUBIDA DE UN ÁNGEL VERDE	37
ii. SU ÉTER BLANCO	41
iii. DESDE SU CELDA	45
VIII. EN TI DORMIDA	50